

Un sordo-mudo habla por señas, y las señas que hace son señales de sordo-mudo. La sordo-mudez es signo de enfermedad correlativa. Así las señas como las palabras son señales de que piensa un individuo, sin perjuicio de ser *símbolos* del pensamiento mismo.

Señor, del latín *senior*, más anciano —El que manda, el jefe de familia, el dueño de una posesión, el que tiene quien le sirva.

No conoce el pensamiento señor que le mande dentro de su propio recinto. Allí él es quien manda. Así lo siente y no hay cosa que sienta con mayor claridad.

¿A qué esforzarse después de esto, para *demonstrar* que el pensamiento es libre, que el pensamiento es viviente?

Pregúntese á cualquiera si lo siente así, y que conteste de buena fe. Si no lo siente, ó se le ocurren dudas intempestivas que nublen su sentimiento, nadie lo puede remediar, comprobándose así una vez más, que ningún poder alcanza á eludir las determinaciones del pensamiento dentro de su dominio señorial.

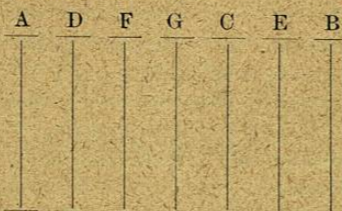
Septenario. — Plazo de siete días. El número siete aceptado por los pitagóricos entre sus principales símbolos, lo es efectivamente de varias armonías funcionales en la categoría numérica; y como la armonía en el número es precisamente la forma de bien que le corresponde en la función común del bien nada tiene de extraño ni de misterioso que concuerde con otros bienes y pueda no sólo simbolizarlos, sino realizarlos á su modo. Tres son los elementos de toda síntesis definida; cuatro los de una síntesis indefinidamente definida; cuatro y tres son siete, y el número siete es el de los sonidos musicales, el

de los colores y suele coincidir con la terminación de algunas enfermedades.

Septenario filosófico. — El septenario de Pitágoras pudiera interpretarse en sentido filosófico.

Partiendo del principio *nosce te ipsum*, se encuentra el hombre limitado en el espacio y en el tiempo, y comprendido entre ambos polos, de los cuales *participa* necesariamente, por más que no los pueda comprender.

El es *por los polos*, y los polos son *para él*. Analizándose encuentra las siguientes relaciones:



A, tiempo; B, espacio; C, transacción, función, término medio entre el espacio y el tiempo; movimiento.

A, respecto de B, es lo indefinido y negativo, y B, respecto de A, lo definido y positivo.

D, término medio entre lo definido (F, G, C, E, B), y lo absolutamente indefinido A (síntesis humana).

E, término medio entre A, D, F, G, C, y lo absolutamente definido C (síntesis cósmica).

F, intermedio entre la síntesis viviente humana y la síntesis cósmica (vida animal).

G, intermedio entre la síntesis viviente animal y la síntesis cósmica (vida vegetal).

Desde el polo indefinido se desciende al hombre, al animal, al vegetal, al movimiento, al sistema astronómico, al polo absolutamente definido.

Desde el polo absolutamente defi-

nido se asciende al orden cósmico, al vegetal, al animal, al hombre y á lo indefinido, idealmente realizado. Mundo ideal de generalidades ó ideas que presiden la serie viviente.

Ser, del sánscrito *as*. — Símbolo de lo absoluto y de lo relativo (á voluntad).

Símbolo destinado exclusivamente á relaciones *estáticas*.

Si comenzamos una oración y nos detenemos en *es*, el sujeto resulta absoluto, y si la completamos, resulta relativo.

Ahora bien, cuando nos paramos en lo absoluto, no decimos ni pensamos nada, y esto es lo único que debemos entonces pensar. Cuando completamos la oración es cuando pensamos alguna cosa, con la intervención de un absoluto tácito ó expreso.

Al ser se contraponen el no ser en perpetuo paralelismo; y así paralelos constituyen, á su vez, un sujeto y un predicado, sin cópula medianera; dos absolutos; dos sin límites, dos modos, que nada ponen en comunicación: en resumen, ninguna cosa.

El ser y el no ser paralelos necesitan comunicación. Apareciendo ilimitados requieren un límite común, que en un sentido los afirme y en otro los niegue.

De aquí el embrión que, desarrollado, ha de organizarse como función viviente.

La primera forma del embrión aparece como inorgánica; es totalmente cuerpo sin espíritu; es como el sedimento de la gran función que va todavía á comenzar; y sólo aparece como residuo de funciones precursoras. Es el gran sistema cósmico, astronómico, que, en un momento dado, llena las concavidades del espacio

(inmensidad) y la serie de los tiempos (eternidad).

Lo parece todo y no es más que un polo de la función universal. El otro polo es lo indefinido y lo representa el individuo, particularizando, á la par, el tiempo y el espacio.

Viviendo el individuo representa en particular los dos polos del sistema total, que sólo aparece representado por el lado cósmico, guardando siempre incógnito el otro polo (acósmico) de la función viviente.

Ser, amar y hacer. — No basta que el hombre *sea* tal hombre si no *ama* y *hace* algo.

El filósofo ama al menos el saber; el que sabe ha de hacer algo sabiendo lo que hace.

Por eso no basta la filosofía teórica para el régimen de la vida. Se necesita ejercitar lo que se sabe; *hacer* prácticamente en el pensamiento la función recomendada al filósofo como simple amor (filosofar).

Este amor se funda en la conciencia de que la ciencia absoluta y exenta de ignorancia es inasequible y que en último resultado, queda en cualquier función del pensamiento un residuo de amor, que exagerado puede llegar hasta el escepticismo.

Consecuencia inmediata del amor á algo es el odio á lo que obsta ó arruina la esperanza de conseguir lo apetecido.

Lo que se ama es el *bien* (particular y general); lo que se odia es el *mal*. Se vive bien ó mal siendo algo, amando algo y haciendo el mayor bien posible y el menor mal posible.

El amor en castellano se llama también *querer* haciéndole sinónimo de *hacer*, ó sea de voluntad. Es que en el círculo práctico de la vida el amor no contrariado se convierte á sí pro-

pio en hacer, pasando, en su ascenso de abajo á arriba, á descender de arriba á abajo, en un momento dado (presente), del transcurso inevitable del tiempo.

Ser (auxiliar).—Ser en absoluto no dice nada, lo que dice algo es el verbo ser como auxiliar del verbo hacer.

En *infinitivo* es ser; pero en *relación* (auxiliar), se conjuga como presente, como pasado y como futuro.

Lo que ahora es, antes no era y después será; de todos estos modos hay que conjugar el ser auxiliar para entenderlo bien.

Relacionando el ser en todos sus tiempos, con el hacer ó causar, siempre resultan dos de sus tiempos como extremos y otro como término medio, íntimamente unidos por el infinitivo (generalidad), ser.

Ser, presente entre antes y después; ser, pasado entre presente y ausente; ser, futuro entre ausente y presente.

Fijándose en la serie de *presentes* y *representes*, indispensables para la vida, las relaciones causales del ser aparecerán siempre como antes y después, causas eficiente y final; ó en otros términos, como definida, hecha en lo pasado; é indefinida, sin hacer en el porvenir.

Ser en sí, modo de ser. — Concepto que se forma el pensamiento obstinándose en el propósito exclusivo de saber lo que son todas las cosas.

Así es como se hace del ser la esencia y de la esencia la substancia.

Más allá nada se ve en la senda interceptada por la *reflexión* de la visión intelectual. La reflexión inmóvil en su posición fundamental, deja á su espalda el no ser, y de esta manera se divide el pensamiento humano

en dos fracciones, comunicables entre sí: una para todo lo conocido y cognoscible, y otra para lo desconocido é incognoscible.

Es preciso no detenerse en el análisis reflexiva fundamental, ó detenerse sólo provisionalmente, para estudiar andando las relaciones constituyentes de las cosas que en él se encuentran.

Cuando el ser absoluto cierra el paso á la relación, que permite dentro de los límites la realización y el sentimiento de la vida en una síntesis, coetánea siempre con el análisis correlativa; se cae en los rigores de la disección anatómica, y no se estudia el ser vivo, sino el cadáver.

Al que se obstinara en preguntar ¿por qué se han de concebir las cosas como *no siendo* en parte eso mismo que *son*? ¿Por qué no concebir las absolutamente? procedería contestar:

No demos al verbo *ser* otro valor absoluto que el de servir para *correlacionar* expresamente, cosas que están ya correlacionadas en simple teoría.

Ser solo es la identificación sin distinción, esto es, la nada. La *proposición* más sencilla *opone* al ser que *propone*, un *no ser*, que correlativamente *supone* la diferencia necesaria, entre los dos miembros identificados.

De aquí el carácter necesario de la identificación y de la distinción, simultáneas y sucesivas.

Supongamos todavía otra pregunta: ¿no pudieran existir la identificación y la distinción, simultáneas en general, como necesidad abstracta del pensamiento humano, y refundirse en una identificación suprema, sobrehumana?

Esto sería caer en el vacío de toda práctica posible.

Para dar un solo paso en lo humano hay que particularizar:

1.º Las relaciones estudiadas en general de todos sus modos posibles.

2.º La relación común de todas las relaciones particulares posibles, con algo general indefinido, que las saque de su inmovilidad teórica, y las lleve á la práctica viviente, donde han de hallar riquísimo manantial de aplicaciones oportunas.

Ser en literatura —Las controversias filosóficas á que ha dado lugar el concepto del verbo *ser* considerado en absoluto, y no como debe ser, como simple signo de relación teórica, sugirieron sin duda á Cervantes sus laberínticos versos, puestos en labios de un aspirante á sabio:

Si mi fué tornara en es
Sin esperar más será
O viniese el tiempo ya
De lo que será después.

Y realmente en medio de la gongorina afectación de estos versos, denuncian al menos el sentimiento del círculo, que recorre el tiempo, pasando instantáneamente (*sin esperar más*) de presente á pasado, á futuro y nuevo presente, en serie indefinida.

Ser y hacer. — Términos correlativos, que se complementan entre sí y sin cuyo complemento mutuo nada se establece bien.

Lo que se establece en el ser solo ó en el no ser solo, se establece mal; porque establecerse equivale á estacionarse, pararse ó indefinirse definitivamente; con lo cual cesa, ó al menos se suspende, la vida, relativamente á alguno de sus indispensables elementos.

Ser y no ser. — Por punto ge-

neral los sistemas filosóficos consignados en la historia se han fundado en el ser ó en el no ser; ó sea en lo finito ó lo infinito; ó bien lo uno ó lo múltiple; ó bien lo mismo ó lo otro. Pero hay que tener en cuenta 1.º el ser, 2.º el no ser, 3.º el ser y el no ser, 4.º ni ser ni no ser.

De aquí la relación viviente: ser y no ser en parte; ni ser ni no ser en totalidad; ser parte y todo relativamente; no ser ni todo ni parte absolutamente.

Véase si hay otro medio de comprender el orden del Universo.

Hasta aquí, sin embargo, no hemos salido del ser y el no ser, es decir, del orden estático. Ahora hay que contar con el dinámico, cuyo verbo es *hacer*.

El organismo formado con los miembros ser y no ser, convenientemente *relacionados* entre sí, y luego con el hacer, es el que debe sustituir á los *órganos sueltos*, que han aspirado en Filosofía á la dominación de un todo, que no podían comprender legítimamente; siendo, como eran, partes del todo mismo, llevadas por su ambición á suponerse una categoría suprema, que estaba lejos de corresponderles.

Ser y relacionar. — Para entender bien las frases en que interviene el verbo ser, conviene sustituir el ser por relacionar.

Así se diría, en lugar de tal cosa es buena, tal cosa *tiene* relación con (bueno, útil, etc.)

En vez de tal cuadro morboso observado en un enfermo es *fiebre pulmonar*, decir tiene relación con tal ó cual generalidad, trazada en la inteligencia ó en los libros.

En lugar de tal hecho es fausto ó

funesto, se relaciona más ó menos con el bien humano.

Así se expresaría mejor lo que se supone al decir *ser*; correlativo del no ser.

Se ve, pues, que el verbo ser no tiene más oficio que el de relacionar en teoría.

Sereno, del sánscrito *siarya*, sal. — El que presencia con tranquilidad las tempestades de la vida.

La serenidad de ánimo es cualidad casi divina.

Nada más hermoso que la calma después de una borrasca: que la inmovilidad de la roca contra el embate de las olas.

La reflexión serena las tempestades del sentimiento.

Bueno es siempre serenar las tempestades que revelan desarmonías de calor y de movimiento. El calor y el movimiento armónicos del sentimiento, reflexivamente consentido, no son tempestades, sino creadores y mantenedores de la vida ideal.

Serie, del latín *sero*, enlazar. — Entre lo definido y lo indefinido hay una serie de términos, que se definen de muy distintos modos.

La serie misma no se define jamás, á menos de romperse en el punto en que se define totalmente.

Serie es la vida temporal y transitoria, porque al comenzar ha dejado de no ser, comenzando por la negación de su propia negación. Principio definido le es inevitable. El fin es el que aparece indefinido durante su curso, á pesar de su carácter transitorio.

Aunque temporal y transitoria, la vida es el lazo de unión entre el polo constituido de la serie y el polo no constituido. Sin ella no se cruzarían los polos, nada resultaría de ellos y

serían inconcebibles é irrealizables.

Al aparecer lo realizable, que es lo temporal y transitorio, se dibujan; en la reflexión humana los polos de la realización común; y en el sentimiento el resultado del cruzamiento de los polos.

Serio, del latín *serius*. — Lo que se eleva á las alturas del pensamiento, sin descender, ni bien ni mal, á menudencias insignificantes.

Hay quien rehusa tomar la vida en serio, y procede con lógica, si envidia la apatía del mármol ó del aire.

Servir, del latín *servus*, siervo. — Figurar como instrumento en una función.

El mundo inorgánico, el vegetal y el animal sirven al hombre como instrumento. El hombre mismo no debe servir á otro hombre de simple instrumento abdicando su libertad. Lo que sí puede hacer es contratar su libertad, mediante transacciones justificadas ante la ley moral. ¿Para qué sirve la ciencia viviente? Para vivir lo mejor posible. Es el mejor instrumento del arte de vivir.

El fenómeno sirve á la ley; la ley sirve á la función; todo sirve para algo; todo es servido por algo. La armonía entre los servicios es la que aprovecha á la obra común.

Servir á Dios es el mejor de los servicios; pero hay muchos modos humanos de servir á Dios; y son los más positivos y en este sentido los mejores.

Seso, del latín *sensum*, sentido. — Al hombre de mucho entendimiento, se le atribuye mucho seso. La relación no es precisamente matemática, aunque sí probable en general, según lo atestigua la experiencia.

Severo, del latín *severus*, *se-verus*, verdadero. — El que aplica inflexible-

mente la ley verdadera. No siempre es severo, y nada más que severo, el que lo parece; porque nadie tiene la medida exacta de la verdadera ley.

Mídenla á veces la conciencia individual y la opinión que nace de la conciencia colectiva.

Sexo, del latín *sectum*, cortado.

Un sexo es un lado del sistema sexual, si se le considera cortado ó separado del otro sexo.

El sexo es polo especial de la vida; polo práctico que tiene vida propia, de carácter tal que, funcionando con otro de carácter opuesto al suyo, originan un ser viviente.

Lo más práctico es que un ser viviente nazca entre dos sexos, entre dos polos vivientes también.

El pensamiento, sin embargo, con ser el tipo de las funciones vivientes, nace sólo entre un sexo viviente el hombre en quien reside y un sexo indefinido. Abstractamente y en general se atribuye á sí propio dos polos imposibles: *todo lo relativo* y *lo absoluto*.

Es que el pensamiento eleva toda la práctica al grado más eminente á que puede llegar la teoría.

Plantea los polos teóricos, para eliminarlos en seguida, haciéndolos también prácticos en cuanto él se constituye como práctica.

En la práctica, el pensamiento en general está entre dos polos prácticos, que son sus generadores continuos, sus sexos propios en cualquier momento presente.

El sexo del mundo real con todo su contenido, y el sexo del mundo ideal con su contenido también.

Entre ellos fluye el pensamiento de cada hombre en serie indefinida mientras vive.

Sexto Empírico. — Escéptico

alejandrino, historiador y expositor á un tiempo, de la doctrina que profesaba.

Llamósele empírico, porque, en efecto, uno de los resultados naturales del escepticismo teórico es el empirismo práctico.

Su argumento principal se apoyaba en la imposibilidad de una certidumbre absoluta, dada la variedad de los juicios de los hombres, la contingencia de las pruebas que nos suministran los sentidos y la limitación de los vuelos de la inteligencia humana.

Mas aun concediendo á Sexto *toda su argumentación*, concediéndole además la *consecuencia* obtenida por el escepticismo, *todo es relativo*, fuerza es confesar que aun queda materia filosófica organizable y presentable como tipo del filosofar.

Bórrese la *pretensión de lo absoluto* contra la cual argumentan los escépticos; y su criterio sobre lo absoluto no habrá conducido á más que aniquilarlo en teoría. No por eso dejará de figurar en *relación*; puesto que el escéptico sostiene que **TODO ES RELATIVO**.

Si, del latín *sic*, de este modo. — Conjunción, adverbio y caso del pronombre *el*. Pronunciar simplemente esta palabra como adverbio, es poner una definición, y suponer la indefinición *no*, y la posibilidad de repetir *si* en serie numérica. Entre *si* y *no* queda un intervalo, y en él la repetición del *si* y del *no* creará las demás categorías, lo creará todo.

Por una coincidencia del lenguaje, la palabra *si* designa también al individuo en el caso *dativo*, esto es, en el de la relación con el otro *si*, entendido como afirmación de algo exterior.

Como conjunción, *si*, es condicional.

Como caso del pronombre, se emplea según el Diccionario de la lengua diciendo de, por, *si* (separado): de *si*, de suyo y para *si*.

Podrían consignarse estos modos diciendo, *en si*, *por si* y *para si*, con lo cual se significarían las funciones de permanencia relativa, de causalidad y de finalidad.

Es, pues, la palabra *si*, pronombre, condición (hipótesis) y afirmación categórica.

Trilogía a la que puede oponerse otra.

A la persona la cosa.

A la hipótesis (como posible) lo imposible: como condición la contradicción.

A la afirmación categórica la negación categórica.

Entre ambas trilogías cabe la armonía, la conciliación viviente.

Si categórico.—Con el *si* y el *no* se construye un esquema de categorías.

1.º Contraponiendo el *si* al *no*: *si, no*.

2.º Identificando ambos términos: y diciendo (*si* y *no*) *si*.

3.º Distinguiendo otro término antitético al identificante del (*si* y *no*), esto es, diciendo (*si* y *no*) *no*.

Sibila, del dórico *Sios*. Dios, y *bolla*, voluntad. —Preocupaciones del sentimiento han podido llevar a la humanidad a consultar al porvenir, dándole cuerpo en forma de mujer.

El pensamiento humano aspira siempre a sus fines, equivocándose a menudo en los medios.

El ignorante se pregunta a sí propio, persuadido a veces de que pregunta a un oráculo. Suele equivocarse; pero tanto o más se equivoca a menudo el sabio.

Siempre, del latín *semper*.—Si se comprendiera la profundidad del sentido de esta palabra no se la pronunciaría jamás.

Cuando decimos *siempre*, entendemos hablar de una época, que por larga que se la *suponga*, no lo será tanto como supone la palabra. Acaso sea ese *siempre* instante indiscernible en los ámbitos de la *eternidad*.

Basta que entendamos *siempre* en relación con el tiempo de nuestra propia vida, y aun así ¡cuán pocas veces cumplimos lo que prometemos *para siempre*!

Sífilis.—Enfermedad tipo de enfermedades específicas.

¿Es siempre comunicada mediante la generación orgánica?

¿Es en lo corpóreo lo que el pecado original en el espíritu?

Cualquiera se inclina a creer que sí. Donde se conservan las buenas costumbres en los matrimonios, que guardan fidelidad mutua, no se ven casos de tal enfermedad. Es la sífilis compañera de la prostitución, especialmente desde la edad histórica que se le asigna como principio. Mas ¿no pudo presentarse de nuevo, ó exacerbarse si antes existió con carácter benigno, a consecuencia de las orgías del nuevo mundo, entre salvajes sin pudor ó atropelladas por la soldadesca, y hombres que se entregaban furiosos a los placeres después de un largo viaje marítimo? ¿No podría nacer igualmente de los mismos excesos donde quiera que se repitan en un grado análogo?

La cuestión es interesante porque, en rigor, no está probado que el virus sífilítico no nazca espontáneamente. Cuando no falta quien admita el origen espontáneo de muchos seres vivos independientes, ¿se negará a

priori la espontaneidad de la producción de un virus dentro del ser viviente?

Asunto es este que debe fijar la atención de los observadores, porque hasta ahora han admitido con harta facilidad la necesidad de precedentes infectivos, para toda infección observada en la práctica. Estos precedentes se suponen, no siempre se investigan, y se cree excusado demostrarlos.

Tan injusto es atribuir un *contagio necesario* a la aparición de un caso de sífilis, como si se tratara del cólera ú otras enfermedades epidémicas y aun esporádicas. Es, sí, el contagio sumamente *probable* en el caso de sífilis; pero no cabe asignarlo en absoluto.

El desenfreo en los placeres venéreos pudiera muy bien alguna vez suscitar alteraciones en la nutrición y las secreciones de los órganos respectivos, que llevaran hasta la metamorfosis de las células normales en elemento infectivo para otro individuo.

El contagio necesario supondría una especie de herencia que, de legatarios en legatorio, nunca nos llevaría al primero.

No se resuelve así la cuestión del origen del bien y del mal, tanto en el organismo vegetativo, como en el sensitivo é intelectual.

Adán y Eva comieron la manzana del árbol del bien y del mal; pero no fué el árbol el castigado. El verdadero origen del bien y del mal fué la autonomía de los que acordaron el festín.

La autonomía del cuerpo viviente que conserva su salud cuando está sano, es la que flaquea en primera

línea cuando le acomete una enfermedad.

Siglo, del latín *seculum*.—Siglo-ciclo-círculo-ciclón, son símbolos importantes de la vida del pensamiento.

El círculo es en geometría y en las teorías lógicas (círculo vicioso de los filósofos), lo que en el tiempo es siglo (ciclo) y ciclón.

El siglo es en los astros la serie de círculos, que comienza, acaba y vuelve a empezar en la serie indefinida de los tiempos.

El ciclón es la serie de círculos aéreos que se inicia y concluye en épocas parciales, comprendidas dentro de uno ó más siglos (ciclos).

La vida es un ciclo, representado por ciclones (seres vivientes).

En la tierra que habitamos se simboliza el ciclo por las relaciones entre la tierra, el agua y el aire. El agua circula entre el aire y la tierra para contribuir por su parte a la circulación de los seres vivientes.

La tempestad (ciclón atmosférico) ha sido casi siempre el tema de las cosmogonías.

La función eléctrica es una tempestad inorgánica.

El ser viviente es una tempestad orgánica, un ciclón representante de la tempestad divina (creación) y del ciclón (siglo) a que pertenece.

Tantas formas cíclicas son en suma las del tiempo, que preside las prácticas viviente y no viviente.

Significación, de signo.—Función del signo.

Significar es una gran función cuando se significa bien.

El hombre en cuanto se significa en el espacio vive entre la tierra y el cielo atmosférico. En cuanto se significa en el tiempo, vive idealmente entre lo pasado y lo futuro.

Siempre entre polos ó extremos, incompatibles y necesitados de un término medio.

Siempre en un término medio compatible con todas las cosas, pero necesitado de dos extremos; con los cuales no se puede confundir; pero á los cuales se debe acercar acompasadamente, y con un orden marcado por la campanada del tiempo presente, al hacer y romper simultáneamente el equilibrio entre lo pasado y lo futuro, ó sea entre lo real y lo ideal.

Signo, del griego *ichnos*, trazar.—El fenómeno exterior conocido en su relación con otro oculto y relativamente desconocido. Pueden los fenómenos hallarse en una relación ausente en un momento dado, pero sugerida al pensamiento por la práctica ó por la teoría.

Al negar los escépticos todo valor á los signos, no tenían en cuenta el valor de la relación; porque miraban la relación simplemente como un obstáculo, para llegar á la meta que se proponía la posesión de lo absoluto.

Limitándonos á ver las cosas *solo* como son ó sólo como no son, no cabe solución del dilema ser ó no ser: no vale entonces aducir lo que es como signo de lo que no es. Pero la relación salva la dificultad: las relaciones conocidas significan cosas escondidas en lo presente, y sucesos posibles en lo pasado ó en lo porvenir.

Signo, símbolo, emblema y divisa.—El uso común distingue estas palabras del modo que se expresa en los diccionarios de la lengua.

También se les da á menudo la significación de un mismo concepto.

La escritura, por ejemplo, es símbolo de la palabra; y sin embargo se llama á los símbolos escritos del sonido, el nombre de *signos* de música.

El símbolo debiera reservarse para las relaciones figuradas entre cosas exteriores (fenómenos) y cosas interiores (leyes ó ideas).

El signo para las relaciones entre cosas externas.

El emblema para relaciones entre ideas, realidades y funciones, propuestas á la práctica en general.

La divisa para las relaciones entre ideas, realidades y funciones, propuestas á la práctica particular, de una persona, ó de un partido político, etc.

Silaba, del griego *syllambáein*.—Sonido sintético, divisible por análisis en dos, tres ó cuatro letras.

Ninguna letra por separado da la sílaba de que antes formaba parte. Se necesita la transacción entre ellas para darles el valor sintético que corresponde al sonido representado.

Muchas sílabas constan de dos letras, algunas de tres y pocas de cuatro. Aun es posible articular una vocal con cuatro consonantes, poniendo dos de éstas al principio y dos al fin.

Todo esto se halla de acuerdo con los elementos de la función viviente, que son ni más ni menos que cuatro, en su esquema fundamental.

Hay partes de la oración que constan de una sola letra; pero ésta es entonces vocal, que oficia, como el sentimiento oficia á veces, sin necesidad de *consonante*. En tal caso nada significa como no sea relación (conjunción, disyunción ó interjección), entre otras sílabas.

Silas.—Así se llamaron las poesías satíricas de Timon, y acaso de algunos otros, que corrieron de mano en mano entre los contemporáneos y los sucesores de Sócrates.

Ya en aquellos tiempos la crítica d'espíadada, combatiendo con las ar-

mas de la exageración y del ridículo, y suscitada por malas pasiones, era tan pernicioso al orden social, como propicia puede ser al orden filosófico, si se la ejercita con perspicacia y buena intención.

Silogismo, del griego *syn*, con, y *lógos*, juicio.—Función de dos factores, que se determinan mediante un tercero. Hay en todo silogismo una tesis (la mayor), una antítesis (la menor), y un término medio, que se relaciona afirmativa ó negativamente, la tesis y la antítesis.

Semejante artificio, inventado por Aristóteles, no es más que una reproducción lógica de la fórmula de la vida.

«Dos generalidades que por sí solas no producirían otra generalidad, llegan á este resultado, puestas en comunicación por un término medio.»

En teoría, pues, se reduce el silogismo á relación entre dos extremos mediante un término medio.

El silogismo teórico es una síntesis cerrada, que se abre mediante la negación de cualquiera de sus términos.

El afán de quien arguye teóricamente es cerrar esta puerta, abierta á la destrucción de su obra silogística; pero con semejante artificio sólo se construye una especie de lógica matemática ó mecánica, muy distinta de la lógica viviente.

La ley en la lógica viviente se halla siempre en vías de formación, el aspecto bajo el cual aparece formada á cada momento no puede servir de base segura para un argumento definitivo.

La sanción posible de todo silogismo teórico se halla solamente en la práctica correlativa.

Algo se vislumbra de esta interpre-

tación en lo que Aristóteles llamaba silogismo de la acción.

Aristóteles decía que la acción voluntaria se determina por un silogismo, cuya mayor es la inteligencia, incluyendo en ella la sensación y la imaginación, facultades todas de juzgar; y la menor se constituye por el deseo, donde se comprenden la voluntad, el valor y la concupiscencia. La conclusión es el acto voluntario que se explica por la igual posibilidad del triunfo de la razón ó del apetito.

Si hubiera Aristóteles distinguido la voluntad racional de la puramente animal, consignándolas como el grado más alto de actividad que hace sentir prácticamente lo teóricamente indefinido; hubiera designado con precisión el silogismo de la voluntad humana; por más que habría llegado á este concepto más bien por vía inductiva y experimental, que como emanación directa de la base fundamental de su sistema filosófico.

Para sacar á salvo la libertad humana en el acto voluntario, hay que comenzar, *sintiéndola* como carácter indispensable de la vida bajo todas sus formas: como coeficiente indefinido, como autonomía exenta de comprobación, mientras no deje de sentirse, implicando la desaparición del carácter absoluto de los polos de la función común y su instalación como relativos.

Simbolismo universal.—

Todo lo que tiene forma positiva inmóvil es sugestivo de la correlativa negación é inestabilidad.

Los objetos exteriores son símbolos de la palabra, cuando falta palabra que simbolice los conceptos; la palabra es el símbolo del ejercicio del pensamiento.